

plano histórico la verdadera unidad del género humano, sería la trayectoria de nuestro tiempo.

Su precursor más caracterizado habría sido Paracelso, que llegó a intuir la unidad del curso de la vida por debajo de todas sus diversas manifestaciones. Esta unidad en Teofrasto de Hopenheim se refería esencialmente a los campos de la religión y de la medicina, del cuerpo y del alma, del espíritu y de la materia. Su doctrina de las cinco esferas como causa de todos los acontecimientos trataba de unir la metafísica con la ciencia. En la actualidad, así como el Antiguo Testamento se realizó en el Nuevo, y Demócrito en la física atómica, se ha llegado a unir el espacio con el tiempo, y la armonía resultante, reflejo de la armonía de las esferas, nos ha permitido un atisbo del momento absoluto, del eterno presente.

Armin Mohler señala como rasgo distintivo común a la pléyade de escritores pertenecientes al campo de la revolución conservadora, afanosamente concentrados en la elaboración de unos modos de pensar radicalmente distintos de los vigentes hasta la fecha, el de su apartamiento de los conceptos y su preferencia por las imágenes o los símbolos.

Este libro de Rosenstock-Huessy, escrito en un estilo notoriamente metafórico, es una elocuente muestra de tal aserto.

JOSÉ IGNACIO ESCOBAR

DIETRICH, Hermann: *Auf dem Wege zum neuen Staat. Die deutsche Aufgabe.* Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart; 130 págs.

El último año de la primera mitad del siglo XX fué crucial. Al hacer frente los cañones norteamericanos al ataque comunista en Corea demostraron la voluntad del mundo regido aún por principios individualistas de defenderlos contra la creciente amenaza del sistema totalitario colectivista dirigido desde Moscú. Hasta ese momento pudo creerse que el único vencedor absoluto de la segunda guerra mundial había sido el bolchevismo soviético. La llamada guerra fría había consistido en una progresiva entrega a la U. R. S. S. de territorios y zonas de influencia con el ritmo adecuado para que pudiera irse realizando en ellos la transformación del orden capitalista en orden comunista sin poner en peligro la seguridad del nuevo sistema. De pronto se le hizo saber a la U. R. S. S. que había habido dos vencedores en la contienda: ella y Estados Unidos. Y desde entonces está planteado en la parte de mundo aún a salvo de la dominación comunista el problema de las medidas a adoptar para cooperar a la decisión norteamericana y consolidar la supervivencia de los modos de vida propios de la llamada cultura occidental.

La posible contribución germana a tal empresa es el tema de esta obrita, en la que se exponen algunos de los graves problemas con los que tiene que enfrentarse hoy el pueblo alemán como consecuen-

cia de la actitud de los aliados a raíz de su victoria, así como sus posibles remedios.

Ante todo juzga inexcusable el autor aceptar el ideario democrático impuesto a Alemania por segunda vez, aunque depurado de algunas de las imperfecciones de mayor monta que condujeron al fracaso de la República de Weimar.

El elector debe tener unos conocimientos mínimos que le permitan conocer el objeto y fin de su voto, así como a la persona a quien vota. El sistema de representación proporcional debe quedar proscrito, evitándose de esta manera la investidura parlamentaria de muchos sujetos que nunca la obtendrían por votos directos, sino sólo a merced de las combinaciones y arreglos a que obliga aquel sistema.

El primer objetivo de toda política exterior debe ser el de alcanzar la unidad de Europa, por obligar a ello en medida creciente tanto las necesidades económicas como las políticas. El autor reconoce que tal objetivo contará siempre con la hostilidad británica, pero es más optimista en cuanto a la posibilidad de disipar el recelo francés.

En el interior el problema más acuciante es el creado por las destrucciones masivas de todas las grandes ciudades. Antes de reconstruirlas debería, sin embargo, meditarse sobre las diferentes posibles alternativas, que quizá aconsejaran seguir una línea de franca descentralización, huyéndose de las grandes aglomeraciones proletarias y favoreciéndose la reconstrucción de la pequeña vivienda con jardín, mucho más apta para desarrollar un espíritu familiar, burgués y, por tanto, anticomunista. Las dificultades de extender horizontalmente la gran masa de obreros que necesitan concentrarse a la hora del trabajo en la gran industria no cree Dietrich que sean insuperables en la época del motor, proponiendo asimismo las fórmulas adecuadas para la financiación de los dos millones de viviendas que juzga precisas.

La necesidad de alimentar a los cincuenta millones de habitantes que constituyen la población de la Alemania occidental, sin contar con las tierras agrícolas del Este, obliga, por supuesto, a una cuidadosa revisión de toda la política agraria, enmendándose muchos de los errores cometidos en el pasado. Pero la mayor atención de Dietrich se concentra en la organización de la industria y los problemas sociales de ella derivados.

Decididamente aboga por una política que se proponga como fin preferente el pleno empleo de la mano de obra disponible y prevea los seguros sociales dentro de la normal remuneración del trabajo, sin tener que acudir a consignaciones extraordinarias para paro y retiros. La intervención obrera en los Consejos de Empresa considera debe ser lo más amplia posible, facilitándose análogamente su acceso a los puestos de gerencia y demás directivos, y con ello la formación de unas nuevas *élites*.

El estrago mayor ocasionado por las dos últimas guerras considera con acierto Dietrich que no es el de la destrucción de bienes materiales, al fin y al cabo reconstruibles en unas cuantas décadas de trabajo, sino el de un patrimonio moral. La ruina del Derecho, en

una palabra, violado por unos y otros beligerantes en lamentable competencia. La sensación de inseguridad en que hoy se vive es uno de sus efectos más directos. También la ola de inmoralidad y corrupción, perceptible sobre todo en los funcionarios públicos apresuradamente nombrados para atender las necesidades de unos Estados que se desarrollan sin cesar. Estos funcionarios de nuevo cuño carecen en general de las condiciones de competencia y honradez que constituían la tradición del antiguo funcionario. Su actuación plantea uno de los problemas más necesarios de resolver en el Estado del futuro.

JOSÉ IGNACIO ESCOBAR

CIVARDI, Luigi: *Nuevo orden social*. Publicaciones HOAC, Madrid. 1952; 201 págs.

La obrita del P. Civardi viene a llenar un hueco que se hacía sentir dolorosamente en nuestra bibliografía políticosocial: una síntesis del pensamiento social católico expuesta con sencillez y sin demasiado bagaje científico, al alcance, por tanto, de todas las fortunas intelectuales.

Con esto queda dicho que quien vaya a buscar en esta obra una fundamentación rigurosamente científica de las afirmaciones que en ella se contienen sobre puntos de doctrina políticosocial, quedará francamente defraudado; la obra no recoge ninguna elaboración de las doctrinas que expone. Se limita a enhebrar, una tras otra, una serie de postulados de doctrina social, apoyándose todo lo más en algún texto pontificio aislado, invocando alguna norma de Derecho positivo y muy poco más. También el tono de la obra, en la que se mezcla la exposición de la doctrina católica al mismo tiempo que la crítica de doctrinas distintas, ayuda a situarla como destinada únicamente a la difusión en ambientes amplios de aquella doctrina social.

Por lo demás, los puntos que se tratan son prácticamente todos los que pueden interesar a quien desee conocer brevemente y sin demasiados quebraderos de cabeza la posición católica sobre los puntos más vivos de la problemática social contemporánea: el trabajo en el orden cristiano, la propiedad, la reforma agraria, la reforma de la empresa, la socialización, la cooperación, la representación profesional, lucha y armonía entre las clases. Ni que decir tiene que todos estos temas son tratados desde el punto de vista de la máxima ortodoxia católica, de tal manera que difícilmente se encontrará un solo punto de fondo que no pueda aceptarse como posición mínima.

Ello quiere decir al mismo tiempo que los problemas técnicos y aun teóricos, que se ofrecen a la moderna doctrina social, cuando se trata de desarrollar las conclusiones recogidas como clásicas en la doctrina social católica, no están más que esbozados. Valga como ejemplo el clásico tema de acceso a la propiedad, en el que en definitiva se deja sin puntualizar cómo un orden en el que la distribu-